

2 Reyes 2:14-4:44
Por Chuck Smith

A menudo yo me pregunto acerca de los milagros hoy día. ¿Dónde está el Dios de Elías? Yo no estoy de acuerdo en que Dios relegó los milagros solo al período apostólico y antes. De que llegó ese momento en la historia luego del último apóstol donde Dios dijo, “Okay, este es el último milagro y de ahora en adelante, dejaremos que la iglesia se expanda ella misma a través del ingenio del hombre”. Y aún así, ¿Dónde está el Dios de Elías? El no ha cambiado. El sigue siendo el mismo. Pero nuestra manera de vivir, creo yo, nos ha colocado un paso al costado. Hay tantas distracciones, cosas que separan nuestra mente del Señor y la sumerge en las cosas materiales a nuestra alrededor.

¿Dónde está el Dios de Elías? Golpeando las aguas, ellas se separaron. Y así el mismo milagro que Elías había realizado es ahora hecho por Eliseo y aquí está la indicación de que la oración o el pedido de Eliseo fue contestada. Porque él pidió que pudiera recibir la herencia, que él tuviera y recibiera el mismo espíritu de Elías, la doble porción de él, lo que significa la herencia de este don. Y ahora este mismo milagro es realizado, es una confirmación de la afirmación de su llamado. “Y vinieron a recibirle (a Eliseo), y se postraron delante de él.”

Vea usted, inmediatamente usted se enfrentará con un problema. Aquí están estos hombres postrándose ante él. ¿Cómo lo manejará usted? Pareciera que cuando una persona tiene el poder de Dios o los dones del Espíritu en acción en su vida, las personas quieren postrarse ante ellos, y ellos miran al instrumento y magnifican el instrumento. Muy pocos instrumentos pueden tomar esa clase de cosas.

Y dijeron: He aquí hay con tus siervos cincuenta varones fuertes; vayan ahora y busquen a tu señor; quizá lo ha levantado el Espíritu de Jehová, y lo ha echado en algún monte o en algún

valle. Y él les dijo: No enviéis. Más ellos le importunaron, hasta que avergonzándose dijo: Enviad. Entonces ellos enviaron cincuenta hombres, los cuales lo buscaron tres días, mas no lo hallaron. Y cuando volvieron a Eliseo, que se había quedado en Jericó, él les dijo: ¿No os dije yo que no fueseis? Y los hombres de la ciudad dijeron a Eliseo: He aquí, el lugar en donde está colocada esta ciudad es bueno, como mi señor ve; mas las aguas son malas, y la tierra es estéril. Entonces él dijo: Traedme una vasija nueva, y poned en ella sal. Y se la trajeron. Y saliendo él a los manantiales de las aguas, echó dentro la sal, y dijo: Así ha dicho Jehová: Yo sané estas aguas, y no habrá más en ellas muerte ni enfermedad. Y fueron sanas las aguas hasta hoy, conforme a la palabra que habló Eliseo. (2 Reyes 2:16-22)

Yo estuve allí no hace mucho y bebí agua de los manantiales. Y el agua aún es buena, así que Dios hizo un buen trabajo sanando la aguas que alimentaban a Jericó. El agua aún es buena y, por supuesto, es un área muy fértil.

Después subió de allí a Bet-el; y subiendo por el camino, salieron unos muchachos de la ciudad, y se burlaban de él, diciendo: ¡Calvo, sube! ¡calvo, sube! Y mirando él atrás, los vio, y los maldijo en el nombre de Jehová. Y salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos a cuarenta y dos muchachos. (2 Reyes 2:23-24)

No dice que ellos los mataron, pero que los despedazaron.

De allí fue al monte Carmelo, y de allí volvió a Samaria. (2 Reyes 2:25)

Que está a unos 14 kilómetros del Mediterráneo, pero a unos 40 kilómetros del monte Carmelo.

Joram hijo de Acab comenzó a reinar en Samaria sobre Israel el año dieciocho de Josafat rey de Judá; y reinó doce años. E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, aunque no como su padre y su madre; porque quitó las estatuas de Baal que su padre había hecho. Pero se entregó a los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel, y no se apartó de ellos. (2 Reyes 3:1-3)

En esta ocasión Moab, el área al otro lado del Río Jordán, el área que hoy día es Jordania, se rebeló contra Israel. Ellos habían sido subafuentes, y Moab debía pagar cien mil ovejas y cincuenta mil cabras al año como tributo sobre el rey de Israel cada año. Y el rey de Moab se rebeló contra esto, así que Joram reclutó a todos los hombres de Israel y envió a Josafat, el rey de Judá, pidiéndole para que saliera con él contra Moab en batalla. Y él dijo, “Por supuesto, estoy de acuerdo contigo.” Y ellos dijeron, “¿Qué camino tomarán?” Y ellos dijeron, “vayamos a través de Edom”. Así que ellos irían por el Sur a atacarlos. El rey de Edom se unió a ellos. Así que ellos hicieron este viaje. Sería al Sur del Mar Muerto a Edom, y luego desde el Norte del otro lado del Río Jordán para atacar a Moab. Y llegaron a un lugar árido.

les faltó agua para el ejército, y para las bestias que los seguían. Entonces el rey de Israel dijo: ¡Ah! que ha llamado Jehová a estos tres reyes para entregarlos en manos de los moabitas. Mas Josafat dijo: ¿No hay aquí profeta de Jehová, para que consultemos a Jehová por medio de él? Y uno de los siervos del rey de Israel respondió y dijo: Aquí está Eliseo hijo de Safat, que servía a Elías. Y Josafat dijo: Este tendrá palabra de Jehová. Y descendieron a él el rey de Israel, y Josafat, y el rey de Edom. Entonces Eliseo dijo al rey de Israel: ¿Qué tengo yo contigo? Ve a los profetas de tu padre, y a los profetas de tu madre. (2 Reyes 3:9-13)

Eliseo realmente no tenía nada para el rey de Israel debido a la idolatría que había en la tierra.

Y el rey de Israel le respondió: No; porque Jehová ha reunido a estos tres reyes para entregarlos en manos de los moabitas. Y Eliseo dijo: Vive Jehová de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que si no tuviese respeto al rostro de Josafat rey de Judá, no te mirara a ti, ni te viera. Mas ahora traedme un tañedor. Y mientras el tañedor tocaba, la mano de Jehová vino sobre Eliseo, quien dijo: Así ha dicho Jehová: Haced en este valle muchos estanques. Porque Jehová ha dicho así: No veréis viento, ni veréis lluvia; pero este valle será lleno de agua, y beberéis vosotros, y vuestras bestias y vuestros ganados. Y esto es cosa ligera en los ojos de Jehová; entregará también a los moabitas en vuestras manos. Y destruiréis toda ciudad fortificada y toda villa hermosa, y talaréis todo buen árbol, cegaréis todas las fuentes de aguas, y destruiréis con piedras toda tierra fértil. Aconteció, pues, que por la mañana, cuando se ofrece el sacrificio, he aquí vinieron aguas por el camino de Edom, y la tierra se llenó de aguas. (2 Reyes 3:13-20)

Esto sucedió realmente allí en la gran grieta del Mar Muerto. Puede haber un día muy caluroso, y de repente usted tiene torrentes de agua fluyendo a través del cañón. Es como sucede aquí en el desierto cuando llueve en las montañas. Usted puede estar atravesando el desierto, y puede haber una tormenta en las montañas, y esas barrancas se llenan de agua, a pesar de que ni siquiera estuvo lloviendo en donde usted está, los barrancos se vuelven ríos. Así que esto sucedió allí. Ellos no podían ver la lluvia; ellos no escuchaban el viento. Aún así, el valle estaba lleno de agua que venía de Edom.

Cuanto todos los de Moab oyeron que los reyes subían a pelear contra ellos, se juntaron desde los que apenas podían ceñir

armadura en adelante, y se pusieron en la frontera. Cuando se levantaron por la mañana, y brilló el sol sobre las aguas, vieron los de Moab desde lejos las aguas rojas como sangre; (2 Reyes 3:21-22)

La salida del sol fue de un color rojizo; y al reflejarse sobre las aguas, ellos dijeron, “Oh, todos ellos deben haber tomado su espada en contra de ellos mismos y han estado luchando entre ellos. Vayamos y acabemos con ellos”. Y así, ellos entraron rápidamente, en una operación de exterminio, y por supuesto, todos allí estaban esperándolos. Y así los moabitas fueron derrotados, y ellos fueron adelante y destruyeron las ciudades.

Una mujer, de las mujeres de los hijos de los profetas, clamó a Eliseo, diciendo: Tu siervo mi marido ha muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso de Jehová; y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos. Y Eliseo le dijo: ¿Qué te haré yo? Declárame qué tienes en casa. Y ella dijo: Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite. (2 Reyes 4:1-2)

El dijo, “Muy bien, manda a tus hijos a que pidan a sus vecinos toda clase de vasija y balde que encuentren. Traigan todos los cántaros, todos los que puedan. Y cuando llegues a la casa, cierra la puerta y toma la vasija de aceite que tienen y llena todos los recipientes.”

Y se fue la mujer, y cerró la puerta encerrándose ella y sus hijos; y ellos le traían las vasijas, y ella echaba del aceite. Cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo: Tráeme aún otras vasijas. Y él dijo: No hay más vasijas. (2 Reyes 4:5-6)

Así que el aceite se multiplicó para llenar todas las vasijas. Ella fue a Eliseo y dijo, “¿Qué hago ahora?” Y él dijo, “Véndela y paga tus deudas y vive con el resto”.

Aconteció también que un día pasaba Eliseo por Sunem; y había allí una mujer importante, que le invitaba insistentemente a que comiese; y cuando él pasaba por allí, venía a la casa de ella a comer. Y ella dijo a su marido: He aquí ahora, yo entiendo que éste que siempre pasa por nuestra casa, es varón santo de Dios. Yo te ruego que hagamos un pequeño aposento de paredes, y pongamos allí cama, mesa, silla y candelero, para que cuando él viniere a nosotros, se quede en él. Y aconteció que un día vino él por allí, y se quedó en aquel aposento, y allí durmió. Entonces dijo a Giezi su criado: Llama a esta sunamita. (2 Reyes 4:8-12)

Así que ella vino y él dijo, “Dijo él entonces a Giezi: Dile: He aquí tú has estado solícita por nosotros con todo este esmero; ¿qué quieres que haga por ti? ¿Necesitas que hable por ti al rey, o al general del ejército?” Y ella dijo, “Yo habito en medio de mi pueblo. No tengo ambición de conocer al rey o al capitán. Quiero decir, yo estoy feliz aquí”. Giezi respondió: He aquí que ella no tiene hijo, y su marido es viejo.”

Y él le dijo: El año que viene, por este tiempo, abrazarás un hijo. Y ella dijo: No, señor mío, varón de Dios, no hagas burla de tu sierva. (2 Reyes 4:16)

No me dé falsas esperanzas. Pero aún así en un año ella estaba sosteniendo su propio hijo.

Y el niño creció. Pero aconteció un día, que vino a su padre, que estaba con los segadores; y dijo a su padre: ¡Ay, mi cabeza, mi cabeza! Y el padre dijo a un criado: Llévalo a su madre. Y habiéndole él tomado y traído a su madre, estuvo sentado en sus rodillas hasta el mediodía, y murió. Ella entonces subió, y lo puso sobre la cama del varón de Dios, y cerrando la puerta, se salió. Llamando luego a su marido, le dijo: Te ruego que envíes conmigo

a alguno de los criados y una de las asnas, para que yo vaya corriendo al varón de Dios, y regrese. El dijo: ¿Para qué vas a verle hoy? No es nueva luna, ni día de reposo. Y ella respondió: Paz. (2 Reyes 4:18-23).

Es algo parecido a, “¿Por qué quieres ir a la iglesia hoy?, no es domingo o algo así”.

Después hizo enalbardar el asna, y dijo al criado: Guía y anda; y no me hagas detener en el camino, sino cuando yo te lo dijere. Partió, pues, y vino al varón de Dios, al monte Carmelo. Y cuando el varón de Dios la vio de lejos, dijo a su criado Giezi: He aquí la sunamita. Te ruego que vayas ahora corriendo a recibirla, y le digas: ¿Te va bien a ti? ¿Le va bien a tu marido, y a tu hijo? Y ella dijo: Bien. Luego que llegó a donde estaba el varón de Dios en el monte, se asió de sus pies. Y se acercó Giezi para quitarla; pero el varón de Dios le dijo: Déjala, porque su alma está en amargura, y Jehová me ha encubierto el motivo, y no me lo ha revelado. (2 Reyes 4:24-27)

El solo sabía cuando Dios le revelaba.

Y ella dijo: ¿Pedí yo hijo a mi señor? (2 Reyes 4:28)

Mi corazón estaba atado a este niño.

Entonces dijo él a Giezi: Ciñe tus lomos, y toma mi báculo en tu mano, y ve; si alguno te encontrare, no lo saludes, y si alguno te saludare, no le respondas; y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño. Y dijo la madre del niño: Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré. El entonces se levantó y la siguió. (2 Reyes 4:29-30)

Yo veo aquí la demostración del amor de una madre. Ella no aceptaría que Giezi corriera con sus cosas para colocarlas sobre la cabeza de su hijo.

Y Giezi había ido delante de ellos, y había puesto el báculo sobre el rostro del niño; pero no tenía voz ni sentido, y así se había vuelto para encontrar a Eliseo, y se lo declaró, diciendo: El niño no despierta. Y venido Eliseo a la casa, he aquí que el niño estaba muerto tendido sobre su cama. Entrando él entonces, cerró la puerta tras ambos, y oró a Jehová. Después subió y se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas; así se tendió sobre él, y el cuerpo del niño entró en calor. Volviéndose luego, se paseó por la casa a una y otra parte, y después subió, y se tendió sobre él nuevamente, y el niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos. Entonces llamó él a Giezi, y le dijo: Llama a esta sunamita. Y él la llamó. Y entrando ella, él le dijo: Toma tu hijo. Y así que ella entró, se echó a sus pies, y se inclinó a tierra; y después tomó a su hijo, y salió. Eliseo volvió a Gilgal cuando había una grande hambre en la tierra. Y los hijos de los profetas estaban con él, por lo que dijo a su criado: Pon una olla grande, y haz potaje para los hijos de los profetas. Y salió uno al campo a recoger hierbas, y halló una como parra montés, y de ella llenó su falda de calabazas silvestres; y volvió, y las cortó en la olla del potaje, pues no sabía lo que era. Después sirvió para que comieran los hombres; pero sucedió que comiendo ellos de aquel guisado, gritaron diciendo: ¡Varón de Dios, hay muerte en esa olla! Y no lo pudieron comer. El entonces dijo: Traed harina. Y la esparció en la olla, y dijo: Da de comer a la gente. Y no hubo más mal en la olla. Vino entonces un hombre de Baal-salisa, el cual trajo al varón de Dios panes de primicias, veinte panes de cebada, y trigo nuevo en su espiga. Y él dijo: Da a la gente para que coma. Y respondió su sirviente:

¿Cómo pondré esto delante de cien hombres? Pero él volvió a decir: Da a la gente para que coma, porque así ha dicho Jehová: Comerán, y sobraré. Entonces lo puso delante de ellos, y comieron, y les sobró, conforme a la palabra de Jehová. (2 Reyes 4:31-44)

Y se nos recuerda de los milagros en el Nuevo Testamento de Cristo alimentando a los cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños con los cinco panes y dos peces. La misma clase de milagro, el mismo tipo sucedió aquí donde los cien hombres comieron y sobró comida del pan y de los granos de trigo que éste hombre había traído para el profeta.